

Concordia Seminary - Saint Louis

Scholarly Resources from Concordia Seminary

[Ayudas para sermones](#)

[Recursos en español](#)

6-11-2004

Sermón-3-Salmo 71

Damián Fischer

Seminario Concordia, Buenos Aires, Argentina

Follow this and additional works at: https://scholar.csl.edu/ayudas_para_sermones



Part of the [Biblical Studies Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

Fischer, Damián, "Sermón-3-Salmo 71" (2004). *Ayudas para sermones*. 22.
https://scholar.csl.edu/ayudas_para_sermones/22

This Article is brought to you for free and open access by the Recursos en español at Scholarly Resources from Concordia Seminary. It has been accepted for inclusion in Ayudas para sermones by an authorized administrator of Scholarly Resources from Concordia Seminary. For more information, please contact seitzw@csl.edu.

¡Señor, que pueda seguir anunciando tus maravillas!

Reflexión sobre el Salmo 71

¡Qué bueno es oír a una persona mayor, firme en la fe, cuando nos da un consejo! Sus años de vida le han permitido adquirir experiencia. Sus años vividos en el Señor le han permitido experimentar la grandeza del poder, la justicia y el amor del Padre celestial.

En el Salmo 71 tenemos un ejemplo. Si bien el salmista no nos da consejos, nos enseña lo bueno que es llegar a la vejez después de haber andado los años de la juventud y de la adultez en compañía del Dios único y vivo.

El autor del Salmo 71 estaba llegando a la ancianidad. Sabía que las fuerzas decaerían (v. 9), pero también tenía certeza de que en Dios siempre hay nuevas fuerzas, sobre todo cuando se trata de hacer el trabajo de enseñar a las nuevas generaciones, o de la tarea de animar, consolar, orientar.

Isaías escribió en el cap. 40:

²⁸ ¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra?

No desfallece ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance.

²⁹ Él da esfuerzo al cansado y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas.

³⁰ Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen;

³¹ mas los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas, levantarán alas como las águilas, correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán.

El autor de este salmo no sólo tenía que enfrentarse a la vejez, también se las tenía que ver con gente dispuesta a destruirlo.

Algunos han pensado que el cántico fue escrito por Jeremías, quien fue llamado por Dios cuando era joven para que predique al pueblo de Israel. Como sabemos, el mensaje que Jeremías tenía que anunciar no era un mensaje alentador para aquella nación. Él debía decirles que, si no cambiaban su conducta, si no dejaban sus ídolos y se volvían a Dios, serían destruidos. No fue nada fácil para Jeremías cumplir con este encargo del Señor. Él debió beber muchos tragos amargos hasta su muerte. Perseguido y despreciado por su propio pueblo, terminó muriendo como exiliado -casi como rehén- en Egipto.

No sabemos si Jeremías fue el autor de este salmo. Sin embargo, su historia sirve para ilustrar lo que el poeta pudo haber estado experimentando. Jesús dijo a sus discípulos: "... viene la hora cuando cualquiera que os mate pensará que rinde servicio a Dios" (Juan 16:2b). Jesús dijo esto sabiendo que muchos religiosos no querían oír la verdad del evangelio y se alzarían con violencia a perseguirlos para intentar detenerlos. Lo mismo sucedió en la época de los profetas y seguramente también en los días del salmista. Hay muchos que se acomodan a un tipo de religiosidad y creen estar del lado de Dios, pero cuando la palabra del Señor es anunciada con poder, explotan con ira y no la pueden soportar. Ataques semejantes enfrentaron los reformadores del s. XVI.

Seguramente en el corazón del salmista había una gran tensión: por un lado, él sabía que amaba a Dios, que había buscado siempre su palabra, que había procurado siempre obedecer a la voluntad del Señor; por otro, oía las calumnias de aquellos que consideraban que era un hombre despreciable, tan despreciable que -según la opinión de ellos- hasta Dios lo había desamparado (v. 11). Como anunciador de las verdades del Altísimo, él amaba a esas personas. Sin embargo,

nadie puede oponerse a Dios y sostenerse impune. El Señor es justo, dará su merecido a todos los que obstinadamente transgreden sus mandamientos y atacan a sus escogidos.

Es posible que el pedido de venganza del salmista nos deje con dudas. Tenemos muy presente la actitud de Jesús cuando, desde la cruz, dijo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34a). También recordamos a Esteban, quien, mientras era dilapidado, exclamó: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (Hechos 7:60b). No obstante, esto no se contradice con la verdad bíblica que nos enseña que Dios hará justicia y todo impío deberá rendir cuentas de sus actos, a menos que se arrepientan de sus malas conductas y se vuelvan de todo corazón a Dios. El apóstol Pedro escribió en su primera epístola: “Para esto fuisteis llamados [refiriéndose a los sufrimientos injustos que a veces deben soportar los hijos de Dios], porque también Jesucristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas. El no cometió pecado ni se halló engaño en su boca. Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Pedro 2:21-23).

Entonces, por la revelación progresiva de Dios en su palabra, sabemos que nuestra tarea es ir y enseñar todo el consejo de Dios. Esto está de acuerdo a la Gran Comisión y al ejemplo histórico de los profetas, apóstoles y evangelistas. Nunca debemos buscar la venganza contra otros, aun cuando se hayan conducido de modo violento con nosotros. La respuesta violenta no cabe para un cristiano que anda en el temor del Señor. Sin embargo, tenemos plena convicción, de que aquellos que se oponen a lo que Dios nos ha señalado y a Jesucristo, la palabra de vida hecha hombre, irán de mal en peor, serán consumidos por su propia maldad y finalmente sufrirán el castigo por su perversión. ¡Señor, mira sus amenazas y concede a tus siervos que con toda valentía hablen tu palabra! (Hechos 4:29).

Es evidente que para el salmista, y para todos aquellos que quieran hablar poderosamente de la grandeza de los actos de Dios, el camino era y es angosto, pero es un camino que lleva a la vida. El autor del salmo sabía eso, estaba persuadido de que sin Dios no hay esperanza, no hay salvación, no hay libertad. Ese era el motivo que impulsaba con fuerza a este siervo del Todopoderoso a pedir el auxilio de Dios, protección y con ello, seguramente, algunos años más de vida para continuar enseñando a las generaciones nuevas acerca de la grandeza del Señor.

Veamos cómo el apóstol Pablo escribía a su discípulo Timoteo: “Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna” (2 Timoteo 2:10).

- ¿Por qué estaba preso el apóstol? ¿Qué mal había cometido? ¿Por qué corría riesgos de ser condenado a muerte en el tiempo en que escribió esta carta?

- Por predicar el evangelio de la salvación sólo por la fe en Jesucristo.

- ¿Qué lo motivaba a arriesgar tanto? ¿Por qué no pensaba más en “vivir la vida”?

- Justamente por amor a aquellos que habían conocido el evangelio y necesitaban ser pastoreados, pero también por amor a muchos que aún no habían oído de las maravillas de Dios y estaban esperando escucharlas.

Pablo conocía la enseñanza del Señor Jesús: “Yo soy el camino, la verdad y la vida, nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6). Quien no conoce al Salvador Jesús no tiene esperanza, está sin Dios en el mundo (Efesios 2:12), no puede tener parte en la gloria de Dios (Romanos 3:23). La compasión por esas vidas desamparadas y dispersas como ovejas sin pastor (Cf. Mateo 9:35-38) hacía mover a Pablo y trabajar duro.

Ese mismo amor, amor divino, era el que conmovía el corazón del salmista. Ya no pedía solamente por él, para que Dios salve su vida, estaba pidiendo por las vidas de muchos que

podrían ser salvados por su testimonio fiel. Él pedía por la vida de todo el pueblo, que seguramente hubiera sido redimido del desastre si hubiera oído y se hubiese arrepentido, como Nínive ante la predicación de Jonás.

¡Ah, patria nuestra, si oyeras la palabra de los que anuncian las nuevas de salvación!
¡Qué bueno es oír el testimonio de una persona que, como el salmista, repasa su vida y comprueba que todo lo que Dios ha hecho con él y por medio de él fue bueno!

“En ti he sido sustentado desde el vientre.
Del vientre de mi madre tú fuiste el que me sacó;
para ti será siempre mi alabanza” (v. 6)

¿Acaso no te das cuenta? ¿No te has puesto a pensar? ¿Si Dios te donó la vida también la sostendrá!

¡Que ejemplar y que renovador, escuchar a una persona mayor, a un anciano, que por amor a los jóvenes y a los niños se empeña en seguir viviendo y en seguir trabajando para predicar las grandezas del amor de Dios!

¹⁷ Me enseñaste, Dios, desde mi juventud, y hasta ahora he manifestado tus maravillas.

¹⁸ Aun en la vejez y las canas, Dios, no me desampares, hasta que anuncie tu poder a la posteridad, tu potencia a todos los que han de venir, ¹⁹y tu justicia, Dios, que llega hasta lo excelso.

¡Qué importa si vienen peligros, sufrimientos! ¡Qué importa si nos insultan y nos persiguen y dicen toda clase de mal contra nosotros mintiendo! ¡Nos gozaremos y nos regocijaremos con todo nuestro ser, porque sabemos que nuestro premio es grande en el cielo!

²⁰ Tú, que me has hecho ver muchas angustias y males, volverás a darme vida y de nuevo me levantarás desde los abismos de la tierra.

²¹ Aumentarás mi grandeza y volverás a consolarme.

Dios sostenga a cada abuelo en su fe para que siga proclamando la maravillosa salvación preparada por Dios en Cristo. Dios bendiga a los jóvenes, para que vivan cada hora en la presencia del Dios Padre Todopoderoso, de manera que al entrar en la ancianidad sean sabios vigorosos, guías del pueblo santo del Altísimo.